

La Habana, Domingo, 11 de Noviembre de 1956



MASCARILLA DE NAPOLEON, realizada por Antomarchi. Vestíbulo de la Galería de Arte.—La generosidad de don Aurelio Portuondo ha enriquecido los fondos del Museo Nacional con una mascarilla auténtica del Gran Emperador, realizada por su médico de cabecera, el corso Antomarchi. Esta mascarilla tiene una historia interesantísima que supo trazar magistralmente el señor Julio Lobo en las palabras que pronunciara al dar las gracias en nombre del Patronato de Bellas Artes y Museos Nacionales y que serán próximamente publicadas en la serie de monografías del Museo Nacional.

Se trata de una reliquia de familia, pues Antomarchi la regaló a los bisabuelos del señor Portuondo, los Marqueses de las Delicias del Tempú. Esta familia santiaguera acogió en su casa al médico corso, y en prenda de amistad y afecto Antomarchi les entregó una mascarilla de Napoleón. Esta mascarilla, que ha permanecido por más de cien años en la familia Portuondo, es la que el Museo Nacional se honra en presentar en una de sus salas.

Antomarchi vino a Cuba de Nueva Orleans en el año de 1837. Le había sido confiada la misión de estudiar la fiebre amarilla. El Destino, en una de esas ironías que superan a la ficción, quiso que muriera de este mal en



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

la ciudad de Santiago de Cuba, en el año de 1838. El culto a la persona de Napoleón comenzó casi en sus últimos años, cuando se encontraba en el peñón inhóspito y mal-sano de Santa Helena. Los recuerdos y los afectos personales del Emperador alcanzaban precios altísimos en Europa. El fervor por el general Bonaparte, como acostumbra-ban llamarle los ingleses de aquel entonces, se mantenía bajo cuerda en las ciudades de Europa. La ambición napoleónica, la más grande y esclarecida de los tiempos modernos, fue, en sus propias palabras, "establecer, consagrar por el fin el imperio de la razón y el pleno ejercicio, el completo disfrute de todas las facultades humanas".

Napoleón, consciente de la Historia, en el ascetismo de Santa Helena, nos dice que el historiador se verá reducido a lamentarse que tal ambición no haya podido verse cumplida, satisfecha. ¿Qué nos habla esta mascarilla del Hombre? La imagen del Emperador nos conmueve. Pensamos en los grandes acontecimientos que provocó: el XVIII de Brumario, el Consulado, el Imperio, las grandes batallas, y recordamos aquella frase de Chateaubriand que califica la vida de Napoleón como la última de las grandes existencias individuales. Hasta los grandes hombres terminan en sombra, en polvo, en nada. Sólo nos queda de ellos un sombrero, un libro anotado, una firma nerviosa, inconfundible, una mascarilla...

De Napoleón, sin embargo, permanece con nosotros, increíblemente viva, la Leyenda. Por una de esas curiosas trasmutaciones, el Aguila se ha tornado en Fénix. Su historia no ha terminado y continúa siendo para nosotros, como lo fue para sus contemporáneos, un enigma que nunca se podrá descifrar. El mismo lo dijo: "Millares de siglos pasarán antes de que las circunstancias acumuladas sobre mi cabeza extraigan a otro hombre de la multitud para reproducir el mismo espectáculo".

